

CRONICAS DESDE EL CAFE

BATALLA DE CINISMO

¿Qué quieren ustedes? Yo no puedo alegrarme, ni siquiera simular que me alegro, con eso de que Castilla vaya a pedir su Estatuto de autonomía. Y no puedo alegrarme, ni fingir que me alegro, porque me parece, sinceramente, una táctica torpe y triste.

Tan triste y tan torpe como sería el proceder de quien, porque su hermano no ama el hogar, y trasnocha, y no come en casa, se lanzara a la vida de crápula y de disipación. No. En la hora actual española, no debe tratarse de que cada cual se vaya por su lado y de que se tire de la manta para todos, sino de algo más patriótico y sensato.

Mi sensatez y mi patriotismo no entienden, ni quieren entender, de habilidades; sobre todo, de esa habilidad absurda de que Castilla tenga su Estatuto... para servir en bandeja de plata la España dividida, a quienes no aman la unidad española.

Claro que quienes no aman la unidad española, son torpes también, y en los primeros momentos protestaron contra el proyecto de autonomía castellana; pero su torpeza no es tan grande, que les haya impedido reaccionar. Han reaccionado, en efecto, y ahora, desde Cataluña y desde el País Vasco, llegan a Madrid voces apoyando la idea de que Castilla tenga su Estatuto.

Batalla de cinismos. Lucha de cinicos. Cinicos, los que, enemigos de la desmembración de España, quieren evitarla aumentando sus vehículos de desmembración. Cinicos, los que fomentan la farsa del Estatuto castellano

siendo enemigos de él y aun de Castilla. Cinicos, los propagadores de la teoría procax de que cuanto más se desuna España, más unida estará. Cinicos, los apóstoles de la doctrina fatalista de que cuanto más desarregladas están las cosas, mejor arreglo tienen.

Pero el torneo de cinismos, no se acusa sólo en ese achaque de los Estatutos regionales, más o menos fruto de baja conveniencia y grosero artificio; es daño de la época, de área amplia y calado profundo. Es, sencillamente, un eclipse total de la buena fé; es la vigencia de la «geometría parda», según la cual la distancia más corta entre dos puntos no es la línea recta.

Curva, sinuosidad, rodeo, trampa y engaño: signos de la época. No es que nadie sepa lo que quiere, sino que nadie dice lo que quiere. Y así, para unos pedir el Estatuto de Castilla es una forma de luchar contra el de Cataluña y el de Vasconia y, para otros, avanzar un poquito en el camino de la desespañolización y de la independencia. Mejor para estos últimos, claro está, y camino más fácil, si llega España a no existir, por disolución espontánea.

El Estatuto de Castilla, no es otra cosa que eso: contribución a la tarea de disolver España. Apoyarlo, podrá ser habilidad, pero a mí me parece cinismo nada más. Y es que yo, pobrecito de mí, tan distanciado de los Antiteños de pan llevar, prefiero también en la España roja.

Luis G. SORIA

Madrid, mayo, 1936.

El secreto de Angustias

(JUGUETILLO)

De tan pulida y lozana,
por tan fragante y hermosa
¡bien que quisiera esa rosa
para su sién la Mañana!

Arrogancia de sultana,
recatada y hacendosa,
con una voz melodiosa
como cántico de nana.

Espera un novio juncal,
rico, con gracia y cabal.
¡Y vaya que si lo esperal.

No ya por lo merecido;
es.... ¡que se lo ha prometido
La que vive en la Carrera!

Eloy MUÑOZ MARTI

NOCHE

Noche honda, muy honda,
encerrada en veinte metros de pozo.
Noche honda, muy honda,
con humedad oscura de profundo.

Noche salobre.
Allá al fondo,
las estrellas bordadas en agua
y por los tejados,
un coro de voces con ojos redondos,
sobre el campo pálido del sol muerto.
Noche honda, muy honda.
Sólo hay agua, agua,
agua y silencio...
Es la hora de charlar sólo,
y de sudar naturaleza,
y respirar silencio.

Es la hora de los gatos por el cielo
y de las estrellas bordadas en agua.
Es la hora en que muere la mitad del mundo
(mundo
y se muere sólo la mitad de su vida.
Solamente los desgraciados no se mueren
(ahora,

los desgraciados y los faroles,
los gatos y las estrellas.
Preside el silencio, de sol la luna.
Noche honda, muy honda.
Noche salobre,
que se puede romper con una piedra,
emborrachando las estrellas,
emborrachando las estrellas.
Noche honda, muy honda,
y en la mitad del mundo
llevan pantalón blanco y pieles grises.
Noche honda, muy honda.
Noche salobre.
¡Silencio...
El reloj se ha parado.

Bernardo PEREA MORALES

Contribuciones

El Recaudador de la Hacienda Pública, de esta Zona,

HACE SABER: Que faltando pocos días para expirar el plazo voluntario de cobranza del segundo Trimestre de contribución, por todos los conceptos, ruega a los contribuyentes no lo dejen para el último día, en que por la aglomeración de público, todas son dificultades y molestias, que a todo trance quiere evitarlas.

Al mismo tiempo ruega, que para dar mayor facilidad y poder efectuar mejor la cobranza se presenten todos los contribuyentes con los recibos anteriores.

Valdepeñas, 28 de Mayo de 1936.

El Recaudador,
C. del Muro

Este número ha sido
Visado por la Censura

DESPEÑAPERROS (VIEJA ESTAMPA)

A don Manuel Muñoz de la Espada, amigo de una noche inolvidable.

Sierra Morena.
Despeñaperros.
Vieja stampa de perfil romántico.
Sobre el crestón más alto de la Sierra, como señora veleta, la airosa figura de José María.

Trabuco al brazo, desde la altura, le remacha los clavos de sus miradas al horizonte.

Sobre el encerado de la serranía el blanco trazo de la carretera.

Y sobre el blanco trazo, la cucaracha de una diligencia.

Agujerea un trabucazo la seda del firmamento.

Y la pelota del eco rebota por las barrancas.

Las bocas de diez trabucos dan miedo a la cucaracha.

Gritos y desmayos de las damiselas y los currutacos.

Ternos y denuestos de un viejo soldado.

Sordos refunfuños de los mayores.

Rezoz entre dientes de un fraile carterito y una franciscana.

Y lo mejor del botín una garrida morena que al capitán ha clavado el puñal de su mirada.

Suenan unos tiros detrás de unas peñas

Y entre los jarales, nevados de flor, rebrilla marciales charoles a que ha dado aliento el Duque de Ahumada.

Se entabla una lucha bárbara.
Retumban los trabucazos y las carabinas braman.

Civiles y bandoleros quieren imponer sus leyes, tan distintas, tan contrarias.

Huyen los mozos garbosos que componen la partida.

Tendido en la carretera queda un trágico muñeco de negras patillas de boca de hacha.

Tiene abierta en el pecho una herida, roja fuente por donde la sangre y la vida se escapan.

Campanillas de Lucena dan al viento sus sonos de plata.

Y hay recias palabras de los mayores, que chocan al aire sus trallas.

Y allá van, caman de la Andalucía, ya repuestos del susto pasado, los viajeros de la cucaracha.

Amarilla y negra, con rumbo a la Venta de Cárdenas, marcha la pareja

Y desde las cimas hasta los abismos, bajo el terciopelo de oro de la siesta, se queda en silencio la Sierra.

Vieja stampa de perfil sombrío de una España vieja.

Antonio MERLO DELGADO.

Humorismo Español

El año que se olvidó el verano

A las 23,55 del 31 de diciembre de cierto año al que nombraremos «19...» según el camelo cronológico usado por los señores Fernández y González, Ortega y Frías y demás caballeros escritores de dos apellidos y acrisolada pesadez, James Smith, consejero-delegado del club de noche «Gran Metropolitán Dáncin», guizó delicadamente su ojo derecho a Walter Cróslay, cuya densa masha instrumental atacaba a la sazón las cadenciosas notas del sentimental «fox» titulado «Tengo el corazón blando como las espinacas de Popeye».

El señor Walter contestó con una seña semejante, que podría haber traducido verbalmente con un monosílabo: «¡Yal!», queriendo expresar que estaba prevenido, y ordenó a sus atronadores muchachos que se callaran un ratito. Las parejas disfrutaron unos instantes del placer de bailar sin demasiado ruido, pero optaron luego por detenerse, formando un semicírculo de escotes, pecheras y gorros de cotillón, ante el gran reloj luminoso, junto al cual se había instalado una campana monumental, cuyo servicio estaba, provista de un considerable martillo, cierta loable señorita, púdicamente desnuda.

En la mano izquierda de cada concurrente surgió una bandejita de cartón con doce granos de uva, uno de los cuales acariciaban los dedos índice, pulgar y medio de la mano derecha respectiva.

Y entonces, exactamente a las 23,58, ocurrió algo insólito, ante lo cual el Consejo de Administración del establecimiento, creyóse deshonor

rado colectiva y definitivamente: las manecillas del reloj dieron un pequeño salto, y la señorita falta de traje comenzó a dar las doce campanadas, que debieron empezar a sonar exactamente, ciento veinte segundos después.

James Smith se quedó lívido, rebozó una maldición en el «chiclé» que mascaba, pero pudo conservar la serenidad suficiente para ordenar a Walter Cróslay que, a su vez, ordenase a su orquesta que tocara el Himno Nacional.

Así sucedió, en efecto, y la alegre concurrencia, repuesta en seguida de su sorpresa, se apresuró a ganar el tiempo perdido, con tal diligencia que, el que más y el que menos, antes de que sonara la novena campanada, ya se había tragado los doce granos de uva, y estaba dispuesto a hincarle el diente a la bandeja de cartón.

Únicamente Diana Harrison, diez veces divorciada, creyóse en el deber de atragantarse, para dar un energético mentís a cuantos deslenguados andaban haciéndose cruces acerca de la amplitud de sus tragaderas, y murmuró, sonriente:

—¡Este año va a ser un año de mar de ligerito, pues viene muy deprisa!

¡Cuán ajena estaba la dorada pantalla del «Metropolitán», y la propia Diana Harrison, a que ese mismo comentario surgió en cien y cien lugares distintos, aquella misma noche!

—¡Qué deprisa viene el año!
Y llegaba deprisa el año, porque allá, en el misterioso ámbito tene-

ACTUALIDAD

¡NO TIREIS!

Cada mañana, al levantarme, una hoja del calendario se desprende de su sitio, dando lugar a que el número representativo del nuevo día surja ufano y sonriente, con la venturosa alegría que proporciona el conocimiento de saberse amanecido. Poco dura su contenta, una revolución de la tierra, nada más, y al día siguiente, viejo y desfigurado, yace en el fondo de la prosaica papelera, llevando por mortaja un desprecio y dejando, como recuerdo, lo inevitable.

¿Cuándo, me pregunto con frecuencia, veremos un horizonte diáfano, cuya claridad permita columbrar la comprensión de todos nosotros? Nunca sé qué contestarme. Silencioso asisto al cuadro de la comedia cuya representación ha entrado en turno, y me estremezco al contemplar el remolino de odio que invade el escenario de nuestra querida patria.

El que se encuentre ante la fiera cuyos dientes se hincaron una vez en la carne humana, únicamente podrá valerse de dos procedimientos para evitar ser devorado. Uno de ellos, el más expedito, lo llamamos; el otro es el de la educación de la bestia por medio de la persuasión. Se requiere, naturalmente, una constancia y una voluntad férreas; virtudes, ambas, solo asequibles para aquellas personas cuya integridad está amparada por la idea universal que defiende la unión de los pueblos, la unión de los españoles.

España, por su historia, no puede ser arrastrada ni por una cuadrada romana ni por un trineo soviético. El

genio hispano, el puro, nunca se afancesó, o como tampoco se sometió jamás a una dictadura. Pero... ¡las circunstan-

cias!
El mundo sigue dando vueltas. A veces la pureza tipo, genuina de una nación, se enturbia con una atmósfera pesada, irritante, cuyo efecto patológico se disipa al individuo, llevándolo al caos morboso de una época decadente.

Llegado éste momento, se necesita un remedio urgente que impida el desarrollo de la enfermedad. Donde fracasa la medicina hay que aplicar la cirugía. Sea como sea, hay que cerrar rápidamente la vía de agua antes de que nos sintamos sedientos.

Estas voces que corren, estas noticias que vuelan, estas murmuraciones, ¿no es todo ello síntoma de una crisis violenta? El español tranquilo solía decir: ¿Qué pasa en Cádiz? Hoy ya no; ahora son múltiples las preguntas que se nos hacen: ¿Qué pasa en Asturias? ¿y en Alcalá? ¿y en Sevilla? ¿y en Alicante?

El descontento reina por doquier. Se tira mucho de la cuerda y ¡desgraciados de todos ellos, si ésta se llegara a romper! La resistencia tiene un límite. Si unos jalan por una parte y los otros por la otra, la caída es inevitable.

¿Remedio? La situación es muy delicada, pero no desesperemos y aceptemos este consejo: Unión, mucha unión entre todos los españoles. Tengamos fé en los destinos de nuestra patria

Franco CASTELLO